

La vejez oculta

La vejez oculta

Cuadernos de asilo

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni

Esteban Rodríguez Alzueta

Colección Textos y lecturas en ciencias sociales / Serie Punto de encuentros

Dirigida por Margarita Pierini

Rodríguez Alzueta, Esteban

La vejez oculta: cuadernos de asilo / Esteban Rodríguez Alzueta. -

1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2023.

190 p.; 20 x 14 cm. - (Textos y lecturas en ciencias sociales /

Margarita Pierini; Puntos de encuentro)

ISBN 978-987-558-856-1

1. Ciencias Sociales. 2. Crónicas. 3. Violencia Institucional. I. Título.
CDD 362.6109

© Esteban Rodríguez Alzueta, 2023

© Universidad Nacional de Quilmes, 2023

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires

República Argentina

ediciones.unq.edu.ar

editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-856-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Prólogo , por Margarita Pierini | 9 |
| Introducción. La vejez en el limbo | 19 |
| Agradecimientos | 29 |
| Primera parte. Alicia en el país de la dejadez | 31 |
| Viejos, en plural | 39 |
| Longevidad y dignidad | 42 |
| Barandillas | 45 |
| El orden de las cosas | 48 |
| Civilización y desencantamiento | 52 |
| El miedo a la muerte | 56 |
| La domesticación de la muerte | 58 |
| La excusa del pudor | 62 |
| Umbrales | 64 |
| Segunda parte. Cancelaciones vitales: tristeza terminal | 69 |
| Frasas hechas y deshechas | 77 |
| Un arcón sin llave | 79 |
| Entre el silencio y los lamentos | 81 |
| El estigma y las generalizaciones | 84 |
| Viejos quejosos | 86 |
| Infantilización y deshumanización | 87 |
| Repugnancia | 89 |
| El cariño proscripto | 90 |

| | |
|---|-----|
| Tercera parte. La vejez desinvertida y negociada | 93 |
| El desencantamiento de la vida | 103 |
| Camas frías | 106 |
| La vejez desangelada | 108 |
| Otro nicho neoliberal | 112 |
| El síntoma y la espera | 114 |
| Destrono y cancelación | 117 |
| Jaque mate | 119 |
| | |
| Cuarta parte. Maltrato a la vejez y derechos humanos | 123 |
| “Geriatrismo”, una forma de violencia institucional | 128 |
| Eufemismos y opacidades | 132 |
| Distribución desigual de roles | 134 |
| Otro universo concentracionario | 136 |
| La vulgata psicologizante: una biografía para la vejez | 138 |
| Despojos jurídicos | 141 |
| El privilegio de la verdad desautorizada | 144 |
| Odio o paranoia | 147 |
| | |
| Última parte. Duelo y sonrisa | 151 |
| Entre la proyección y la melancolía | 156 |
| Resignación y revuelta | 161 |
| Clausura y ensanchamiento de la vida | 166 |
| La última copa | 170 |
| Las virtudes de los viejos | 172 |
| La vinería de Platón | 175 |
| La vejez y el antídoto de la amistad | 179 |
| El sueño de la gran casa propia: una escuela de viejos | 181 |
| Preguntas prohibidas: ¿podremos envejecer juntos? | 183 |
| | |
| Referencias bibliográficas | 185 |

PRÓLOGO

Margarita Pierini

Y un día, que está hecho en realidad de la sucesión de muchos días, alguien no puede ya desconocer que la persona querida está en un proceso de deterioro irreversible, que la convierte, entre otras cosas, en un ser que requiere cuidados permanentes y especializados; y entonces entra en contacto con alguno de los lugares que nuestra sociedad tiene preparados –hogares de ancianos, asilos, casas para adultos mayores, o más común y brevemente, geriátricos.

El autor de este libro tuvo la oportunidad de conocer varias de esas instituciones dedicadas al cuidado de pacientes con Alzheimer, como era el caso de Alicia. A lo largo de seis años, hasta el final atravesado y doblemente escamoteado por las restricciones de la pandemia, vivió experiencias que muchos seguramente podremos reconocer, en ese *oscilar entre la vergüenza y la resignación*.

Pero lo que distingue la experiencia de Esteban es su capacidad para, a partir de una historia única, entrañable, dolorida, como es la de su mamá, registrar la problemática de la vejez confinada y de las instituciones que la contienen enmarcándola dentro de un proceso histórico y un ámbito social.

Así, Esteban elige escribir desde la cercanía la historia de su madre incorporando anécdotas que aportan a un perfil de familia, y no se reprime para mostrar sus sentimientos de hijo; pero esto va siempre unido a su manera de contemplar el mundo, de plantearse, frente a sus experiencias personales, preguntas universales. Y también, de hacer visibles otras perspectivas, otras posibilidades, otras alternativas.

“Este es otro libro sobre la violencia”, afirma al comienzo. En su práctica como docente, en sus publicaciones, en los grupos de trabajo que coordina, el tema de la violencia es una constante que Rodríguez Alzueta aborda en sus distintas manifestaciones: la violencia policial con los jóvenes, la violencia de los vecinos frente a quienes se ven como *otros*, y por ende, amenazantes. En este caso, en *La vejez oculta*, lo que se muestra son las múltiples formas de la violencia contra los viejos. Habitualmente más solapada, más invisible, con el lenguaje como herramienta que contribuye eficaz a ese ocultamiento, bajo las palabras que quieren ser compasivas, afectuosas –desde la asignación de una filiación inexistente que convierte a todos los viejos en *abuelos* y *abuelas* hasta los diminutivos que infantilizan, negando en los hechos la capacidad de madurez y razón de los mayores.

Entre las cosas que no se dicen, no se reconocen, señala el libro, es que estos lugares son espacios de confinamiento. Tan semejantes a las cárceles, en muchos aspectos: aquí también al ingresar se despoja a la persona de sus posesiones, de sus vínculos, de sus deseos y hasta de su nombre.

La perspectiva del autor enmarca estas realidades de ocultamiento, maltrato y marginación en un espacio social e histórico donde cambiaron radicalmente los vínculos familiares, las disponibilidades de recursos, de espacio y de tiempo para atender a sus mayores. Donde los estados reemplazan las funciones que antes las familias, las iglesias, las instituciones de caridad se encargaban de cubrir; pero ahora, desde un lugar distante donde no siempre se supervisa el uso de esos fondos públicos que deben garantizar el buen vivir de los últimos años de sus ciudadanos.

En otras palabras: la desigualdad ante [la vejez y] la muerte es la consecuencia de la acumulación de las desigualdades en la sociedad, y el precio que los pobres deben pagar por la ausencia

de un Estado activo que corrija las desigualdades que introduce el mercado y la lógica empresarial que impera en la sociedad, especialmente en la medicina en general.

Desde la historia personal, desde el saber académico, desde la conciencia política, esta lectura convoca a hacer más visible la problemática de la vejez, y en especial, de la vejez institucionalizada. No se desconocen por cierto las prácticas que se realizan desde diversas instituciones; y a ellas aquí se suman nuevas líneas de acción, nuevas propuestas:

Hay muchos clubes que nuclean a los adultos mayores, y las universidades públicas vienen desarrollando muy distintos programas en sus áreas de extensión. Empero, me parece que el resto de las organizaciones vinculadas a partidos políticos y movimientos sociales tal vez deberían prestar mayor atención, dedicando parte de sus rutinas militantes a los adultos mayores institucionalizados o a aquellas personas que deberían estarlo y sin embargo no pueden recibir esos cuidados especiales por falta de oportunidades.

De ahí la importancia, subraya, de la formalización del mercado laboral que aporta solidariamente los recursos para sostener la vida de los extrabajadores, de la capacidad de los movimientos sociales y de trabajadores para agregar en sus agendas y en la del resto de la sociedad los intereses y problemas de los adultos mayores.

A lo largo de los cinco capítulos que integran este libro el lector puede seguir un discurso que va y viene sumando datos, registros, observaciones, que se retoman, se completan, se complementan. En esta red de historias y reflexiones, creemos, hay un eje que nuclea y da sentido, un eje que está en el corazón del

pensamiento y de la práctica del autor: la cuestión de los derechos. Los derechos de los jóvenes del conurbano, los derechos de los presos, los derechos de los ciudadanos, en fin. Y ahora lo que se pone en foco son los derechos de los ancianos, tantas veces dejados en segundo plano en nombre de un *bien mayor* que definen... otros.

En esta línea se recupera el texto de los Derechos de la Ancianidad, que, sancionados por un decreto de 1948, fueron incluidos en la Constitución de 1949; derechos pioneros y trascendentes, señala el autor. Y aquí un llamado al presente: "Su lectura nos parece importante porque continúa siendo un programa vigente para cualquier gobierno que haga de la inclusión una bandera".

La lectura de ese catálogo de derechos despliega un paisaje que alguna vez fue, no solo imaginado, sino legislado como parte de un proyecto nacional. Con el respeto y la imaginación que el autor echa de menos hoy en las formas de gestión de las instituciones del Estado y en los establecimientos donde fue desarrollando su práctica de *observador participante involuntario*. Desde una matriz de ideas y de sensibilidades contrapuesta a la que ha instalado este sistema gozador y negador que no tolera la imagen de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, y cuyas estrategias de ocultamiento han analizado lúcidamente Ariès y Elias.

El capítulo de cierre propone un recorrido por pensadores que en distintos momentos de la Historia, desde la Antigüedad hasta el presente, dan testimonio de otras maneras de pensar y vivir la vejez. Para estas reflexiones, el autor convoca a filósofos, escritores, artistas. Y en este corpus ocupan un lugar especialmente central los textos literarios, con citas exactas, iluminadoras, a veces inquietantes.

¿Por qué *tanta* literatura en un texto de ciencias sociales? (La pregunta es voluntariamente retórica y absurda.) Contesta el autor:

Si como me dijo alguna vez Diego Tatián, la filosofía es una manera de cuidar las preguntas, la literatura –agrego yo–, puede ser una manera de calibrar aquellas cuestiones, el primer laboratorio para aventurar una respuesta. La vejez y los moribundos han sido temas recurrentes de la literatura contemporánea.[...] Si nos recostamos en la literatura [es] porque estamos convencidos de que la literatura se ha anticipado, *ha sido uno de los terrenos más fértiles para explorar un universo opaco*.

Eufemismos y opacidades caracterizan, dice Esteban, la relación de la sociedad contemporánea con el mundo de la vejez y en especial, de *la vejez oculta*. Creemos que el libro que ahora se incorpora a la serie Punto de encuentros tiene mucho que aportar para disipar algunas de esas opacidades.

Buenos Aires, agosto de 2022

A mis hermanos
María Leandra y Juan Martín

¿Qué temo? Temo el hecho de que envejece día a día.

PHILIP ROTH, *La humillación*

Lo que lo perturbaba era la desolación de la vejez.

YASUNARI KAWABATA, *La casa de las bellas durmientes*

Que todo el que desee llegar a la vejez me ayude. ¡Qué cruel! ¡Oh dioses!

¿Es que el hombre es solo esto?

WILLIAM SHAKESPEARE, *Rey Lear*

La vejez mecía mi corazón como mece una loca a un niño muerto.

CZESLAW MILOSZ

Y yo me adapté sufriendo y ocultando mi sufrimiento.

ÍTALO SVEVO, *Las confesiones de un anciano*

INTRODUCCIÓN

LA VEJEZ EN EL LIMBO

Cuando un ser cercano se nos muere, hay en el devenir de los meses sucesivos algo en lo que creemos intuir que, por mucho que nos hubiese gustado compartirlo con él, solo ha podido desplegar gracias a su lejanía. Terminamos por saludarlo en un lenguaje que él ya ha dejado de comprender.

WALTER BENJAMIN, *Calle de sentido único*,
“...A media asta”

Este es otro libro sobre la violencia. La violencia de la que son objeto los viejos y viejas que transitan los espacios hospitalarios, especialmente, las instituciones psiquiátricas destinadas a los adultos mayores y los geriátricos. Hablamos de la violencia que *proscribe* a los viejos hasta *ocultarlos*. Una violencia sobre la gramática, que cuestiona y desautoriza la capacidad de decir *no*. Pero también una violencia sobre los cuerpos, que se escribe en el cuerpo de los ancianos, que se puede ver, oler, sentir. Cuerpos que se van entumeciendo, perdiendo peso, enfermando. Este, entonces, es un libro sobre el sufrimiento que experimentan los viejos encerrados en los asilos. Lejos de sus seres queridos, lejos de un trato humanitario, más lejos todavía de los organismos del Estado que deberían dedicarse no solo a controlar estas instituciones sino a desarrollar la imaginación para que la gente no se muera sola y triste. Dicho en otras palabras: el Estado invierte mucho tiempo en la alegría y educación de las niñas y los niños y dedica muy poco a la vejez. El tiempo que invierte se los llevan la asistencia farma-

cológica y el sistema de salud, lo cual no es poco. Pero ese dinero no llega con humanidad o llega con una falsa humanidad, está desencantado, se lo llevan los laboratorios, la medicina privada y las funerarias. Alrededor de los geriátricos se ha inventado una ficción que viene con caras angelicales y frases hechas como, por ejemplo, “acá va a estar bien cuidado, no se preocupen, no le va a faltar nada”. Las fotos que los dueños de los geriátricos suelen colgar en sus páginas de internet son un montaje. Nada de lo que sucede está relacionada con las escenas bucólicas a través de las cuales se promociona la institución o, en todo caso, estas suelen tener un lado B, la cara oculta, que merece ser explorada, denunciada, controlada.

La violencia se ha convertido en una manera de acercarse y hablar con la vejez desvalida. Una violencia disimulada, llena de eufemismos. Una violencia que se averigua en el destrato, los gritos, el trato infantilizado que se imparte, la impaciencia que la sociedad en general dedica a la veteranía, la ausencia de los familiares y amigos, las restricciones que estas instituciones disponen para la visita.

Definitivamente, como decía Cormac McCarthy (2008), este no es un mundo para viejos. Prueba de ello son los geriátricos, asilos para viejos moribundos, casas de asilo donde la gente suele ser confinada para morir.

La vejez suele ser un lugar donde las preguntas reposan, no tienen prisa, se formulan sin urgencia. La vejez se ha convertido en una cuestión apremiante y, sin embargo, invertimos muy poco tiempo en semejante cuestión. Casi nadie se pone en el lugar de los viejos, mucho menos de los viejos encerrados en los geriátricos. No solo el Estado suele darles la espalda cuando no ejerce controles, sino el resto de la sociedad cuando reniega de la visita, e inventa mil excusas para dilatarla.

Los viejos, hoy día, suelen ser objeto de admiración, pero a la vez de repulsión. Atraen y repugnan a la vez. La distancia entre ambos grupos hay que buscarla en la enfermedad. En este libro no vamos a hablar de los viejos en general, sino de los moribundos, de los viejos encerrados en geriátricos. Para estar encerrado no hace falta estar enfermo, pero una vez allí dentro no pasará demasiado tiempo para que la salud física y mental empiecen a declinar.

La vejez asilada es un tema que no tiene considerable *quorum* en la academia, mucho menos en el campo de los derechos humanos. Eso no significa que se trate de un área de vacancia, empero, sigue siendo otro tema disciplinado, compartimentado, como la vejez. En efecto, tanto la geriatría como la gerontología son ramas de la medicina especializada en el viejismo y la salud social. Pero los estudios sobre la vejez constituyen un mundo aparte. Si nadie quiere ver a los viejos, sentirse viejo, tampoco nadie está muy cómodo hablando sobre ellos. Nunca se escribió tanto sobre los viejos, pero nadie quiere escuchar hablar sobre ellos.

En cuanto a los derechos humanos, nos las pasamos hablando, inspeccionando y denunciando lo que sucede en las cárceles, instituciones para menores o en los psiquiátricos, pero los geriátricos nos quedan todavía muy lejos. Porque eso es lo que son los geriátricos: pequeños espacios de encierro privados. No suelen estar tampoco en el radar de las organizaciones políticas y sociales, por eso no suelen dedicar mucho tiempo a agregar como problema el envejecimiento que llega con problemas de salud, que necesita de una especial atención y protección.

En este libro nos vamos a detener en aquellas personas ancianas que fueron recluidas en geriátricos. Cuando escuchamos que una persona está viviendo en un geriátrico, que fue trasladada a un asilo para ancianos, tendemos a pensar que la persona tiene discapacidades físicas o mentales. El geriátrico es una palabra que tiende a vincular la vejez a la discapacidad. Pero esto no siempre es

así. En todos estos años que frecuenté geriátricos me he encontrado con personas asiladas que estaban en perfecto estado de salud. Más allá de algunos achaques, se encontraban muy bien física y mentalmente. Sin embargo, he visto cómo estas mismas personas se venían abajo y, como profecía autocumplida, comenzaban a deprimirse y luego a enfermar, entrando en una espiral de la que no siempre lograban salir, un círculo vicioso que solía costarles la felicidad y la vida.

Si tengo que explicitar la metodología usada para este libro diría que se trata de una *observación participante involuntaria*. No ingresé a los geriátricos con una pregunta de investigación que orientase la mirada al interior del campo. De un día para el otro mis hermanos y yo nos encontramos deambulando por los pasillos de los geriátricos, pendulando no solo de un geriátrico a otro, sino de un médico a otro médico, dándonos la cabeza contra la pared, tratando de descifrar un mundo completamente ajeno, lejano, muy poco transparente, contradictorio, hablado para que nadie pueda entenderlo. Sin embargo, con el paso de los meses me sorprendí observando con un método. Ese método era la excusa para soportar el paso del tiempo allí dentro, para afrontar lo que observando, no terminaba de comprender, lo que sintiendo, resistía mi capacidad de asombro. El proceso iba por dentro, la tristeza se repartía entre mis hermanos, nos llenaba de impotencia. Ahora me doy cuenta: el método fue una manera de compensar la tristeza que me suscitaba todo aquel ambiente habitado por gente sola, cada vez más sola, deprimida, un ambiente con olor rancio, mezcla de sopa, orina y suciedad, es decir, un ambiente tomado por la desidia.

De modo que cada episodio que tuvo lugar sucedió por lo menos tres veces. Cada hecho que observaba lo iba anotando en mi diario y luego, después de haber rumiado esas anotaciones

durante varios años, las fui compilando en un cuaderno que llevé especialmente con ese fin, donde iba transcribiendo todas las anotaciones dispersas. Eran mis “cuadernos de asilo”. Pero los episodios no son el mismo episodio, fueron creciendo de un cuaderno a otro, es decir, fueron madurando con el tiempo, con las otras situaciones que iba observando y anotando. Siempre dije que no se trata de recortar sino de actuar por agregación, que hay que leer un problema al lado de otro problema, tratando de constelar, para que la figura que componamos nos devuelva la complejidad del objeto con el que nos estamos midiendo, que estamos componiendo al mismo tiempo.

Los geriátricos no son un mundo aparte. Hay que leerlos al lado de la indiferencia de la vida urbana, de la indolencia social, pero también al lado del desmantelamiento del Estado social y de un sistema de salud tomado por los laboratorios y la tecnología médica encargada de endeudar al Estado. No se pueden comprender los geriátricos y la violencia que practican, sin entender sus circunstancias, los actores y negocios que los rodean.

Los diarios que llevaba me ayudaron a aclarar algunas ideas y a disimular el insomnio. No es fácil conciliar el sueño después de visitar un geriátrico durante el día, sabiendo que nuestro ser más querido está allí, solo o sola, con toda esa gente desconocida, rodeada de personas tristes, con trabajadores que no dan abasto, desbordados y, también, muchas veces, malintencionados. Como no suelo releer mis anotaciones no corro el riesgo de quedar atrapado en las garras del pasado. Por eso, cuando Margarita Pierini me propuso escribir este libro, dudé, le di mil vueltas, porque sabía que debía medirme con los fantasmas que seguían revoloteando. Había escrito cuatro artículos para la publicación digital *El Cohete a la Luna* como parte del trabajo de duelo. Pero cuando creía que había quedado atrás, Margarita llegó con la propuesta que no tardó en volverse un desafío. Primero, porque debía dejar la primera

persona, o eso creía. No quería hablar de mi experiencia personal o las vivencias de mis hermanos, aunque me fui dando cuenta que sería inevitable. Me propuse tomar distancia, no leer las cosas en términos personales, como si lo que narrase le hubiese sucedido a otra persona. A poco de empezar a escribir este libro comprendí que eso sería imposible. Pretendía usar mi experiencia para ir más allá de mi experiencia individual.

Como sea, para escribir este libro, al compilar las anotaciones dispersas en un cuaderno de trabajo, corría el riesgo de quedar patinando en el mismo lugar. La relectura de estos cuadernos forma parte del trabajo del duelo, no así la escritura del libro.

Toda investigación implica un duelo, unas cuantas pérdidas. Al fin y al cabo, cuando culminamos una investigación, una vez que nos despedimos de nuestros informantes claves, experimentamos una pérdida que no sabremos si podemos reponer y compensar con la escritura que llegará después. Esa despedida es la distancia que se necesita para reflexionar.

No hay escritura sin duelo, pero tampoco sin herencia. Nunca decidimos los temas que vamos a trabajar en función de intereses y apuestas intelectuales. Como dice Didier Fassin: “[...] a las razones científicas suelen añadirse razones personales. Porque todos somos herederos. Herederos de un mundo social y de un relato familiar” (Fassin, 2022, p. 65). En mi caso, los geriátricos no fueron una deriva de mis investigaciones previas, pero una vez allí dentro no pude evitar compararlos con otras instituciones y prácticas que conocía muy bien.

De todas maneras, no se trata de recobrar el pasado, el tiempo pasado, sino de tomar nota de las tareas pendientes, transcribir un mandato, una herencia muy dura que necesitará del esfuerzo y la reflexión y el debate de todos y todas.

En definitiva, este no es un libro sobre la vejez sino sobre la *vejez institucionalizada*, sobre el destrato y maltrato de los que son

objeto los viejos asilados, que llegan al geriátrico por distintas razones. Este es otro capítulo de la violencia institucional, el intento de colocar en nuestro radar a los geriátricos. Insisto: nos las pasamos hablando de las violencias protagonizadas por los penitenciarios, y nos olvidamos de las violencias que ejercen enfermeros, médicos y familiares sobre las personas depositadas en estos “vertederos”. Lo digo haciéndome eco de las palabras de Bauman (2005), puesto que los geriátricos son aquellos lugares donde se desecha a la gente irreciclable, que ya no sirve, no tiene nada para dar a la sociedad, gente descartada, desechada, ocultada.

Si como me dijo alguna vez Diego Tatián, la filosofía es una manera de cuidar las preguntas, la literatura –agrego yo– puede ser una manera de calibrar aquellas cuestiones, el primer laboratorio para aventurar una respuesta. La vejez y los moribundos han sido temas recurrentes de la literatura contemporánea. En este libro vamos a volver sobre algunas novelas contemporáneas que hicieron de la vejez su tema central. Si nos recostamos en la literatura, entonces, no lo hacemos para imprimirle pintoresquismo, sino porque estamos convencidos de que la literatura se ha anticipado, ha sido uno de los terrenos más fértiles para explorar un universo opaco.

Los geriátricos suelen ser un tabú. Allí se recluye a la vejez derrotada. Es una suerte de limbo, una estancia que se encuentra a mitad de camino entre la vida y la muerte. Los viejos asilados son como fantasmas. La muerte les llega en cámara lenta, todos los días, en cómodas dosis, es una muerte guionada, protocolizada, administrada profesionalmente. A través de los geriátricos la sociedad organiza la muerte, la tramita en silencio, le pone un manto de censura a la vejez moribunda que, pudiendo registrarse en una estadística, no puede ser representada de otra forma.

Las preguntas que organizan el libro son cuestiones universales. Porque en casi todo el mundo nos enfrentamos al mismo pro-

blema, todos seremos viejos algún día. La pregunta por la vejez es una pregunta por el destrato. ¿De dónde viene? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad? ¿Cuáles son sus formas? ¿Cómo hemos llegados a este lugar? Y que conste que la palabra “destrato” suele quedarnos bastante chica, porque las acciones con las que se miden los viejos suelen escalar hacia otras formas de violencia física y explícita. ¿Qué mirada tiene la sociedad sobre la vejez? ¿Qué piensan los viejos de la soledad en la que fueron confinados? ¿Cuáles son las justificaciones que elaboramos socialmente para encerrar a los viejos y luego olvidarlos de a poco? ¿Por qué no puede ser la vejez otra etapa de producción y realización, de dicha y felicidad?

Al igual que Norbert Elias, “[...] no me intereso por el diagnóstico de los síntomas físicos de viejos moribundos, sino por diagnosticar lo que los propios viejos y moribundos experimentan subjetivamente. Me gustaría añadir al tradicional diagnóstico médico, un diagnóstico sociológico que se centre en el aislamiento al que están expuestos los viejos y moribundos” (Elias, 2011, p. 115).

Un aislamiento, agregó yo, que no llega con buenos modales sino con mucho destrato social y maltrato institucional. Un destrato compuesto de desinformación, ocultamiento, subestimación familiar; y un maltrato hecho con gritos o insultos, distracciones intencionadas, trato infantilizado por parte del personal de salud, pero también de mucha pereza y falta de imaginación por parte de los funcionarios encargados de planificar y controlar las actividades que suelen presupuestar pero que rara vez se llevan a cabo.

Con todo, el aislamiento emocional al que están expuestas estas personas contribuye a *desencantar la vida*. Cuando la vida tendría que ser, no digo placentera, pero al menos dedicada al descanso y el disfrute, se transforma en un mar de lágrimas o lamentos donde encallan las penas.

No hay que perder de vista tampoco que las sociedades modernas protegen a las personas seniles y moribundas con un

sistema de salud que ha recibido los embates del neoliberalismo. De modo que el peso de la asistencia y los cuidados recaen otra vez en grupos familiares cada vez más reducidos o implosionados, y desfondados económicamente hablando. Sus hijos no solo trabajan todo el día, sino que viven en casas cada vez más pequeñas, que no están diseñadas para alojar a los adultos mayores que, encima, necesitan de un cuidador las veinticuatro horas. Por eso el destino de rigor de la veteranía suelen ser los geriátricos.

Conforme las personas ancianas se vuelven más débiles y seniles, se ven cada vez más aisladas de la sociedad. No solo de sus amistades o antiguos compañeros de trabajo, sino de su propio círculo familiar que, por cierto, estará cada vez más reducido. El envejecimiento suele traer consigo un debilitamiento de los lazos sociales. Se los aparta de la vida cotidiana y recluye en espacios cerrados hasta que la muerte se los lleve. Una vez que pisen un geriátrico la sentencia de olvido estará firmada.

No hablaremos de la vejez en general sino de aquella proscrita, es decir, de la vejez que se volvió mala palabra, la vejez que hemos encerrado, la vejez que tendrá la palabra prohibida. Porque los viejos encerrados son dueños de una palabra desautorizada, infantilizada, aislada, enfermada. Una palabra que necesita ser interpretada para cobrar autoridad y, sobre todo, muchas justificaciones. Porque la proscrición se llevará con culpa.

Detrás de este libro, entonces, está la experiencia que nos tocó vivir a mi madre, a mis hermanos y a mí. Ellos me impulsaron a escribir estas páginas como parte de un trabajo de duelo. Hasta hace un tiempo la vejez estaba fuera de mi radar, pero no soy una excepción: frecuentar estos espacios durante seis años me permitió reconocer las tareas pendientes, y el tamaño de nuestros desafíos.

Nono, febrero y marzo de 2022

AGRADECIMIENTOS

Algunas páginas de este libro fueron publicadas en el sitio *El Cohete a la Luna*, de modo que en primer lugar quiero agradecer a Horacio Verbitsky. En segundo lugar, a Margarita Pierini que insistió para que escriba este libro y por todas las observaciones, sugerencias y comentarios que realizó. También, especialmente, agradecer las observaciones meticulosas que hizo Maximiliano Costagliola, que fue el primero que leyó el manuscrito. Agradecer otros aportes que hicieron Fernando Alfón, Diego Tatián, Tomás Bover, Gabriela Pescevi, Ricardo Bizarra, Mariano Cardelli, Martín Kovensky y Érica Voget. Finalmente agradecer las lecturas de Anna Mónica Aguilar, editora de la Universidad Nacional de Quilmes.

No puedo dejar de mencionar a Lili, una de las enfermeras que acompañó a mamá en los últimos años, y a las asistentes terapéuticas: Carolina, Lucía, Romina y Julieta, ellas hicieron todo más digno. También recordar las charlas que durante todos esos años mantuve con Luisa, Rosita, Gino, Cata, Marta Susana, Sarita, Don Julio, Fito, Daniel, Totita, Elsa, y tantos otros viejos y no tan viejos en los geriátricos que frecuenté. A todos ellos, mis recuerdos y afectos.

Agradecer a mis hermanos y a mi cuñado, Ricardo Martínez, a los tíos Guillermo y Jorge Alzueta y al resto de los primos y sobrinos que siempre estuvieron presentes en todos estos años. Por último a Ana Julia Gutiérrez, que me llenó de energía para escribir el libro.